

**Roger
Zelazny:**



**El
hombre
que amó
a
la Faioli**

El presente volumen reúne seis relatos y un breve ensayo de Roger Zelazny que en origen formaban parte del libro *The Doors of His Face, the Lamps of His Mouth*. Sus títulos son: «Algunos parámetros de la ciencia ficción: un interesado punto de vista» (Artículo); «Las llaves de diciembre» (Relato) 2.º del Premio Nebula (1968); «...el respirar demoro» (Relato) 2.º del Premio Hugo (1967) 11.º del Premio Locus All Time Poll (1999); «El amor es un número imaginario» (Relato Corto); «El juego de sangre y polvo» (Relato); Divina locura (Relato Corto); «El hombre que amó a la Faioli» (Relato Corto) y «Este momento de la tormenta» (Relato).

Índice de contenido

Cubierta

Título

Prólogo

Algunos parámetros de la ciencia-ficción: un interesado punto de vista

Las llaves de diciembre

...El respirar demoro

El amor es un número imaginario

El juego de sangre y polvo

Divina locura

El hombre que amó a la faioli

Este momento de la tormenta

Sobre el autor

PRÓLOGO

*... la moraleja puede ser que la vida (y quizá también el amor)
es más fuerte que lo que contiene,
pero nunca más que lo que la contiene.*

Norteamericano, nacido alrededor de 1940, Roger Zelazny hizo su debut en agosto de 1962 en *Amazing Stories* con *Passion Play*, viñeta extraña y bella en la que un robot medita sobre la reconstrucción de un accidente mortal en Le Mans, en el que él participa, muchos siglos después de que los hombres han desaparecido, cuando sus sucesores, los robots, toman las 24 horas de Le Mans por una pasión sagrada.

En la actualidad pertenece a esa nueva escuela anglosajona de ciencia-ficción cuyo caudillo podría ser Harlan Ellison. Todos estos escritores descienden de Theodore Sturgeon y de su arte extraño y espléndido, que une al sólido apoyo de la imaginación conjetural anglosajona una atmósfera y un estilo flameantes que han asimilado las conquistas del surrealismo y del *nouveau roman*, y tienen un parentesco lejano con Kafka. De este modo se acercan a la escuela francesa de lo insólito de los años 40 y 50, de la que Maurice Blanchot fue el iniciador y Boris Vian la culminación necesaria. El resultado es una especie de *Free Science Fiction* o *Pop Science Fiction*, pero al nivel de los conjuntos musicales Sun Ra o Pink Floyd.

La obsesión particular de Zelazny es el tema de la inmortalidad. Esto ya se advierte en *Call Me Conrad* (1965)

(transformado en la novela *This Immortal* en 1966), y sobre todo en su trilogía *Creatures of Light* (1968), *The Steel General* y *Creatures of Darkness* (1969), que integran el volumen *Creatures of Light and Darkness*, donde crea un universo intemporal en el que los héroes han tomado las máscaras de los dioses egipcios y luchan destruyendo mundos al pasar, del mismo modo que *Lord of Light* (1967) ponía ya en escena mutantes que, luego de la destrucción de la Tierra, constituían una mitología viviente basada en los dioses del hinduismo.

PIERRE VERSINS, en
*Encyclopédie de l'Utopie des Voyages Extraordinaires et de
la Science Fiction*
(Lausana, 1972.)

ALGUNOS PARÁMETROS DE LA
CIENCIA-FICCIÓN: UN INTERESADO
PUNTO DE VISTA

(Some Science Fiction Parameters: A Biased View)

- 1975 -

Recuerdo los asientos y el paisaje: madera dura y metal corrugado en lo alto, allá abajo en el suelo, monitores de televisión, listos, un gran reloj marcando los segundos; a la distancia un angosto estuario de aguas serenas reflejaba el gris de las nubes entre nosotros y el vehículo. Un par de asientos a mi izquierda, Harry Stubbs (Hal Clement) sacaba una foto. A mi derecha, una joven coreana hacía lo mismo pero sin cámara. Estaba pintando una acuarela de la escena. En la fila inferior a la mía, gesticulando de tanto en tanto, un periodista europeo hablaba rápidamente en servocroata por un teléfono portátil. A nivel del suelo, a la izquierda, llamativamente vestida, centro de un pequeño grupo de oyentes, Sybil Leek explicaba que el cielo no tardaría en despejarse y no habría más problemas. Cuando el cielo se despejó y el reloj guadañó los segundos finales, vimos antes de oírlo el encendido, que agitó las aguas en una ola de reacción que se precipitó hacia donde nosotros estábamos. El Apolo 14 despegaba ya cuando nos llegó el estampido, y el volumen fue *in crescendo* hasta hacer vibrar el techo de metal. Las aclamaciones de entusiasmo estallaron a nuestro alrededor, y yo seguí mirando hasta que el reborde del techo me obstruyó la visión. Luego seguí los progresos del vuelo en el monitor. Recuerdo haber pensado: Esperé mucho para esto.

En aquel momento no estaba realmente pensando en la ciencia-ficción. Solo pensaba en el acontecimiento mismo. Sin embargo, no habría estado esperando en este lugar y en ese momento de no haber sido por mi vinculación con ella. Fue en las horas más calmas de la noches subsiguientes cuando me puse realmente a pensar en mis sucesivos

contactos con la ciencia-ficción a través de los años, tratando de situar dentro de una perspectiva un poco más amplia algunos elementos que parecían ser parte de ellos.

Crecí y me eduqué en épocas y lugares en los que un replanteo de mis propias respuestas incuestionadas sobre la ciencia-ficción y el análisis de algunas de las fuerzas que la han formado y la están formando. Cuando se me pidió que escribiese este artículo, resolví reunir los resultados de esos esfuerzos y exponer cualquier quimera que de ellos pudiese surgir, tanto por la curiosidad que yo mismo siento por verla como por el deseo de decir unas pocas palabras antes que las críticas a la ciencia-ficción sobrepasen en volumen a la literatura de ciencia-ficción y mis opiniones corran el riesgo de pasar inadvertidas.

Habitado como estaba a ejercer un pensamiento crítico respecto a otros campos de la literatura, me pareció que a la ciencia-ficción se la estaba haciendo, por así decir, víctima de una estafa, pues, si por casualidad se la mencionaba, era generalmente con referencia a lo peor y no a lo mejor que tenía para ofrecer. Injusto, pero así iban las cosas en el mundo.

Recientemente, sin embargo, la situación se ha modificado, y la ciencia-ficción es ahora objeto de estudios críticos y académicos cada vez más frecuentes. La razón, creo, obedece en parte a que se ha acumulado un acervo suficiente de buena ciencia-ficción como para fundamentar dicho interés, pero sobre todo al hecho de que quienes en los comienzos compartían mi sentir y siguieron luego carreras académicas han tardado todo este tiempo en llegar a ocupar posiciones que les permitan hacer algo al respecto. Por lo tanto, me siento feliz cada vez que se me invita a hablar ante un público universitario sobre este tema, no solo porque de algún modo representa para mí una reivindicación de mis gustos, sino también porque me siento cómodo entre quienes se esforzaron por provocar este cambio de actitud.

Sin embargo, esto me creó un nuevo problema. Cada vez que hablaba, debía tener algo que decir.

El agujero de mi psique tamaño Apolo que se rellenó ese día en Florida había sido excavado más de veinte años antes, cuando empecé a leer cuentos sobre viajes espaciales. Esto fue una parte. No todo, por cierto, pero la emoción es una parte tan importante del significado como lo es el pensamiento, y puesto que los adeptos más fervientes empezaban a leer esta literatura a edad temprana, su atracción dependía generalmente de los sentimientos que despertaba. ¿En qué consisten en realidad? ¿Puro escapismo? ¿El gusto del espectáculo en escala cósmica? ¿El robustecimiento de las fantasías juveniles en una época de la vida en que normalmente tienden a desaparecer? ¿Todos estos factores? ¿Algunos? ¿Ninguno? ¿U otra cosa?

La expresión sentido de la maravilla (*Sense of Wonder*) consigue largas tiradas en discusiones de esta naturaleza, y he procurado encontrar este sentimiento en otros campos de la literatura con la esperanza de alcanzar a comprender mejor sus mecanismos. Lo he experimentado en otras dos vetas: las obras de Saint-Exupéry en los primeros días de la aviación y las de Jacques Cousteau en los comienzos de la exploración submarina con equipos autónomos. El elemento común, tal como yo lo veía, era que ambas historias compartían con la ciencia-ficción un tema en el que entraba en juego la exploración de ámbitos hasta entonces ignotos por medio de aparatos inventados y construidos por el hombre, que de este modo enriquecía sus sentidos con vivencias absolutamente inéditas.

Volviendo atrás, me sentí obligado a clasificar los mitos, leyendas, escrituras y fragmentos del folklore que en mis vagabundeos imaginarios siempre desempeñaron un papel privilegiado, pero diferente, como coadyuvantes. Siempre hubo narradores de imaginación especulativa que se complacían en aventurarse por las periferias de lo conocido, y en conjeturar la dimensión de lo desconocido. Podría ar-

güirse que este es un ingrediente necesario para, de acuerdo con la definición de Aristóteles la más alta forma de la literatura —la epopeya— poder reflejar fielmente el *ethos* de todo un pueblo, hasta, e inclusive, ese enigma de la condición humana, la muerte misma, en una forma que trasciende las grandes visiones de la tragedia y la comedia. Las verdaderas epopeyas son por supuesto contadas e históricamente distantes una de otra, pero ese ingrediente apenas un poco más mundanal, el impulso especulativo, ya sea de matiz clásico, cristiano o renacentista, que ornamentó la literatura occidental con romances, fábulas, viajes exóticos y utopías, me parecía tener los mismos visos de fantasía que maneja hoy la ciencia-ficción, y que en aquel entonces echaba mano a los únicos elementos que tenía a su alcance. Le tocó a la Ilustración, le tocó a la ciencia le tocó a la revolución industrial proporcionar las nuevas fuentes de ideas que, activadas, agujoneadas, trastocadas y lanzadas a girar por ámbitos más altos, dieron como resultado la ciencia-ficción. Cuando las ideas más notables, más interesantes, empezaron a surgir de la ciencia más que de la teología o de la exploración de nuevas tierras, una visión retrospectiva nos revela que el nacimiento de un género como la ciencia-ficción era una consecuencia lógica.

Naturalmente, también la novela realista recibió su palmada en el trasero y lanzó sus primeros vagidos en la misma época, hecho que nos obliga a señalar en un rápido coitejo las diferencias de dotes. Básicamente, como lo he dicho aquí y allá alguna vez, la moderna novela realista ha descartado lo que Northrop Frye define como los prototipos de moral más elevada. Es un mundo democrático, donde no hay lugar para héroes, reyes intrépidos, semidioses y deidades. La ciencia-ficción, por el contrario, retuvo y perfeccionó estos modelos, incorporando mutantes, extraños de otros mundos, robots, androides y computadoras dotadas de inteligencia y sensibilidad. Hay una diferencia funda-

mental en los personajes y sus caracterizaciones, así como también en las fuentes y en el fluir de las ideas.

¿Y qué decir de estas ideas? Se ha argüido con bastante lógica que Frankenstein fue la primera novela de ciencia-ficción. Para simplificar, como es preciso hacer en estas discusiones, parece existir, en el campo de la ciencia-ficción, una especie de tensión entre Frankenstein y Pigmalión, un debate interno y acaso eterno sobre si las creaciones del hombre acabarán por destruirlo o convivirán con él para siempre en un mundo feliz. En los días en que empecé a leer ciencia-ficción yo hubiera dicho que, estadísticamente, Pigmalión llevaba las de ganar. La capacidad de asombro, tal como yo la conocía, estaba en la mayoría de los cuentos libre de esos temores y angustias que los imprevistos efectos colaterales de algunos de los usos tecnológicos han traído aparejados en estos últimos años. La dama brindaba en ese entonces visiones más puras de lo que podía significar nuestra incursión en nuevos mundos y el enriquecimiento de nuestros sentidos. Ahora ha vuelto a sonar el toque de alerta, y la sombra del monstruo de Frankenstein se cierne sobre gran parte de nuestras obras. Y sin embargo, por ser esta un componente de la fuerza que genera las visiones, no puede ser destructiva para el género mismo. Hablando no como augur ni moralista, sino tan solo como escritor, mi opinión personal es que un ciclo como este es bueno para el género, que, en el peor de los casos, promueve al menos una revisión de nuestras actitudes, cualesquiera que sean, respecto de la relación básica hombre-máquina-sociedad. Fin de la digresión.

La cualidad particular de la ciencia-ficción, el medio por el que logra sus mejores efectos, es por supuesto la imaginación, transportada varias octavas más arriba de la tónica que arranca en cualquier otro campo de la literatura. Orquestrarla en una partitura adecuada es una de las grandes dificultades que enfrenta el escritor; es decir, además de las exigencias normales que le impone el componer una histo-

ria del mundo real, se ve abocado a la tarea adicional de explicar las premisas exteriores: la trama y las peculiaridades del encuadre... sin entorpecer visiblemente la fluidez de la acción ni hacer decaer las tensiones que deben crecer a medida que progresa el relato. Esto ha conducido, a través de los años, a la creación de estereotipos (me hubiese gustado decir convenciones, pero la palabra tiende a sonar impropia cuando se la aplica a la ciencia-ficción), estereotipos que exigen la aceptación incuestionada de fenómenos tales como viajes a velocidad ultralumínica, telepatía, transmisión de la materia, drogas de la inmortalidad y máquinas de traducción instantánea, para nombrar unos pocos. Su uso representa un artificio de una índole que no encontramos en ningún otro campo de las letras contemporáneas... excepto en algunos poetas con mitologías propias, lo cual no es en realidad lo mismo que todo un género que cuenta con un acervo en común. No obstante, el artificio no desmerece el resultado, y la ilusión subsiste debido al efecto compensatorio de un más alto nivel de curiosidad despertada por la naturaleza de la bestia. Literalmente, todo puede ser tema para un cuento de ciencia-ficción. Al aceptar sus estereotipos, uno renuncia a la vez a las premisas de lo cotidiano que rigen para la literatura de ficción del mundo real. Esto requiere en cierta forma un grado más alto de sofisticación, pero las compensaciones son proporcionadas.

Estos son algunos de los aspectos más obvios que separan a la ciencia-ficción de la literatura realista moderna. Pero, si ha de haber un esquema más amplio, total de la literatura, ¿dónde ubicarla? Desconfío de ese gran clasificador que fue Aristóteles respecto de uno de los puntos que atañe al problema en discusión. El mundo helénico no veía como nosotros lo vemos el paso del tiempo. Se le confería a la historia un sentido episódico, como la lucha de una Humanidad invariable contra un destino implacable e inmutable. No se había descubierto aún el lento proceso de la evolución orgánica, y el modelo más cabal de una concep-

ción del mundo estaba dado por la aparentemente inmutable posición de los astros. Se necesitaron los mismos procesos que montaron el escenario para la ciencia-ficción —el racionalismo del siglo XVIII y la ciencia del siglo XIX— para proporcionarnos por primera vez en la historia del mundo un sentido direccional de la historia, del tiempo como una secuencia en constante evolución, nunca repetitiva.

Esta visión particular del mundo pasó a formar parte de la ciencia-ficción en forma más explícita que en cualquier otra rama de la narrativa, pues le proporcionaba la base para su ejercicio favorito: la extrapolación. Me parece que por este motivo la ciencia-ficción es la forma literaria menos afectada por los preceptos aristotélicos con respecto a la naturaleza de la condición humana, que él veía como inmutable, y la naturaleza del destino del hombre, que veía como inevitable.

No obstante, la ciencia-ficción está comprometida con la condición humana y con el destino del hombre. Es la naturaleza especulativa de ese compromiso lo que le exigió el abandono de las severas reglas aristotélicas relativas a los imponderables dados. Sus métodos han incluido una conservación de los prototipos más elevados, un sentido del tiempo histórico-evolutivo, la asimilación de las tensiones de una sociedad tecnológica y la creación de una capacidad de asombro mediante ejercicios de la imaginación capaces de extender el conocimiento a nuevas regiones... una sensación capaz, en sus momentos de plenitud, de igualar el poder de esa experiencia de conocimiento que, según Aristóteles, era el efecto más potente de la tragedia. Hasta podría argüirse que esa capacidad de asombro representa otro plano de conocimiento, pero no creo necesario ahondar aquí las posibles connotaciones metafísicas de este argumento.

Dado que la respetabilidad nos insta a fomentar un interés por nuestros propios antepasados, tenemos ahora, cuando todavía podemos apuntar alto, la suerte de estar en

el principio de muchas cosas, y simular sentirnos seguros mientras esperamos la aquiescencia de los demás. Se me ocurre entonces que hay una relación entre todo el género de la ciencia-ficción y ese alto exponente de la literatura, la epopeya. Tradicionalmente, la encarnación del espíritu de todo un pueblo —la *Ilíada*, el *Mahabharata*, la *Eneida* nos muestra los valores, las preocupaciones, el *Más Allá* soñado por los griegos, los antiguos hindúes, los romanos. La ciencia-ficción es menos localista, pues se ocupa en realidad de la humanidad como tal. No soy tan temerario como para sugerir que una sola de sus obras se haya acercado jamás al nivel de la epopeya (aunque el que más se aproximó fue probablemente Olaf Stapledon), pero quisiera sin embargo subrayar que el impulso que la guía es muy semejante al del cronista épico, y aparece reflejado en el deseo de ocuparse del futuro de la humanidad, describiendo en todas las formas posibles el espíritu y el destino no de una sola nación, sino del Hombre.

La alta literatura, por desgracia, requiere algo más que buenas intenciones, y así me siento obligado a reiterar mi advertencia a fin de evitar que se me malinterprete más de lo que es habitual. Cuando hablo de la epopeya, intento señalar una similitud de espíritu, de esencia entre la ciencia-ficción en su conjunto y algunos de los rasgos clásicos del género épico. No afirmo que haya sido logrado en ningún caso en particular ni tampoco por todo el género considerado como una totalidad. Puede que sí. Puede que no. Estoy demasiado cerca para poder ver con claridad. Solo sugiero que la ciencia-ficción está animada por un espíritu similar, que ocasionalmente posee algo semejante al *estro* homérico, que su meta general es del mismo orden, dando lugar así a una mayor afinidad con ella que con la novela realista, junto a la cual nació y creció. La fuente de esta vitalidad particular bien puede estar en el hecho que al igual que su protagonista, sigue creciendo y está siempre inconcluso.

Estos fueron algunos de los pensamientos que se me ocurrieron cuando me invitaron a escribir un artículo sobre los parámetros de la ciencia-ficción. Reconsideraré mis relaciones con el género, primero como lector, recordando que se singulariza por ser el único género que cuenta con fandom y un sistema de convenciones que posibilita los contactos personales entre autores y lectores, situación esta que puede ser particularmente significativa. Cuando un autor está en condiciones de encontrarse y dialogar con un gran número de sus lectores, no puede evitar, al menos por un momento sentirse como han de haberse sentido los antiguos rapsodas al enfrentar las preguntas y los comentarios de una audiencia viva. El proceso psicológico que este hecho apareja merece cierta consideración por su influencia en el género. Pensé en mis conexiones como escritor, y lo que sé acerca de mí mismo me sugiere que el remedio para el mayor dolor de cabeza —proporcionar las explicaciones marginales en la forma menos penosa posible— puede ser el mecanismo en virtud del cual la imaginación sea impulsada a escalar esos peldaños extras hasta el punto donde lo insólito deviene plausible... y de ahí la espontaneidad de la creación; y de ahí, si está bien hecho, el asombro. Y entonces pensé en todas las cosas extracurriculares que a muchos de nosotros nos interesan porque somos escritores de ciencia-ficción, o somos escritores de ciencia-ficción porque nos interesan.

Lo cual me lleva nuevamente a las tribunas de Cabo Kennedy, a las vibraciones, las salvas a mí. Esperé mucho para esto. Mi entusiasmo ante el exitoso lanzamiento de un vuelo tripulado a la Luna quizá les diga más acerca de mí que lo que puedan decirles la ciencia-ficción y sus parámetros, porque el vuelo espacial no es más que una parte de la historia que hemos estado empeñados en contarles —una parte colorida, sin duda— de la historia del hombre y de su creciente compenetración con su entorno. Porque al reflexionar, habiendo observado el fuego, sentido la fuerza